

Presentación

La libertad es una de esas realidades que, a lo largo de la historia, han provocado sentimientos de maravilla en el ser humano. Descartes decía que es ella, y no nuestra capacidad de conocer, lo que más parecidos nos hace a Dios. Tan solo una diferencia de grado nos separa de la omnipotencia divina, siendo así que somos poderosos por disfrutar el don de ser libres. En cambio, la omnisciencia nos está esencialmente negada por el carácter sensiblemente mediado de nuestro conocer, inexistente en el conocer de Dios.

Durante siglos se han esforzado los filósofos por esclarecer la índole interna de la libertad, las potencias y cualidades humanas que intervienen para hacerla posible; todo lo que forma parte del entramado que precede al dar paso al acto simple que es el «hágase». En este sentido es pertinente hablar de libertad como condición de interioridad. Y ello en dos posibles acepciones: que la propia interioridad del hombre suministra las condiciones para que haya libertad, por un lado; pero también que el ejercicio de la libertad nutre la interioridad del hombre y la acrecienta. La libertad interior no es solo un título para diferenciarse de una libertad de manobra, puramente externa, sino que es la cualificación específica de la única libertad que conocemos en calidad de protagonistas.

La confrontación entre la afirmación de la libertad y la sospecha del determinismo, antaño de la física y hoy de las neurociencias, no hace sino permitirle salir airosa una y otra vez. Pero al mismo tiempo nos convence de que la libertad humana está condicionada. Una libertad sin senderos produce vértigo. Primero porque, en lo que atañe a los senderos que nosotros no ponemos, no sería una libertad finita. La paloma de Kant necesitaba de la resistencia del aire, que ella misma no había elegido, para poder volar. Pero, segundo, porque también hay senderos que efectivamente ponemos nosotros. Las decisiones libres que vamos tomando nos configuran, hacen de nuestra vida esa vida en cada caso única que no se reconoce en ninguna otra vida personal. Y que hacen imposible la clonación literal entre seres humanos.

Tal vez haya que decir que la libertad tiene peldaños. Estamos condicionados por los que ya hemos subido, como señalaba el físico Max Planck, de suerte que nuestro pasado nos determina hasta cierto punto. Y prediseña el resto de la escalinata que podemos escalar por libre decisión.

José Luis Caballero Bono